

La educación en debate #54

Suplemento
septiembre
2017

 Universidad
Pedagógica
Nacional

¿Existe la vocación docente?

por Mariana Liceaga*

A las once de la mañana, Evarista Villán termina de ambientar el salón de la Sociedad Española. Dentro de unas horas, decenas de docentes se sentarán alrededor de las mesas que vistió con esmero con géneros de color blanco y salmón. No será un encuentro de formación profesional, ni una reunión del sindicato, ni siquiera un festejo por el Día del Maestro: se congregarán para celebrar los ochenta años de su madre, Victoria Inocencia Areco de Villán. Pero solo se entiende esa multitud de maestros y maestras con un dato: Evarista y sus doce hermanas y hermanos eligieron la docencia como profesión. Su padre, Juan de Dios Villán, alguna vez dijo: “Voy a poblar el Chaco de docentes”.

Y Aureliano (63), Sepriana (61), Gerónima (60), Nazario (murió hace tres meses, a los 57), Marta (56), Evarista (54), Francisca (52), Vicenta (49), Valeriano (47), Heriberto (45), Mercedes (43), Secundino (40) y Mauricio (38) le hicieron caso. No solo por la elección de su profesión: ocho de ellos se casaron con docentes. Además, los nietos también siguen el plan del abuelo: por ahora doce de los treinta y cinco retoños están frente a un aula.

A los diecisiete años, Juan de Dios Villán llegó para trabajar en la cosecha de algodón a Quitilipi, una localidad ubicada sobre la Ruta 16 en el centro del Chaco, que por entonces estaba rodeada por pastizales y monte nativo. Hoy, el desmonte ilegal –en lo que va de 2017, más de siete mil hectáreas en esta provincia– provoca, entre otras consecuencias, que los lapachos florezcan más temprano y que haga demasiado calor para esta época del año. Por eso, la galería techada de la casa familiar se convierte en el centro de la reunión para cubrirse del sol cuando empiezan a llegar los hermanos y her-

manas desde los distintos pueblos de la provincia para celebrar a su madre. Hay una mesa con tereré y bizcochitos.

La casa es la misma donde nacieron, crecieron y estudiaron. Pero no siempre tuvo las dimensiones de hoy. Entonces, cuando soplaban el viento norte se podían acobijar bajo el algarrobo que custodiaba el terreno: su sombra funcionaba como sala de estar. La economía de la familia siempre fue ajustada y recién se descomprimió cuando las hermanas mayores empezaron a ayudar. Gerónima, la tercera hija y la primera en recibirse de docente, hizo la ampliación inicial: durante muchos años vivieron en una habitación de tres por cuatro; en un catre de dos plazas dormían las siete mujeres, en otro más chico, los varones; y la madre y el padre, en el piso. Cuando Marta, la quinta hija, comenzó a trabajar instaló la luz. Hoy, esas dos mujeres, más Evarista y Francisca, ya están jubiladas.

—Mi papá tenía adoración por los maestros, los respetaba casi desde un lugar sagrado, él había cursado hasta tercer grado –dice Heriberto, el hijo número diez, actual vicedirector de la EEP 195 de Las Breñas, el más alto y estilizado de los hermanos—. Pero las peores crisis las pasamos bien gracias a él: nos dio las herramientas de la educación. —Él no quería que hombreásemos bolsas o cualquier changa como él; antes lo veíamos como un hombre malo, nos tenía a chicotazos, pero hoy, ya no –comenta Valeriano, el número nueve en la escala fraterna, que, a pesar de estar en la casa de su mamá, viste su chaqueta blanca porque tiene que volver a la EEP 14 en Colonia Aborígen, donde es el director interino.

—¡De esta casa no te vas sin un título! –repite Mercedes las palabras con la entonación de su padre. Ella es la número once, sus ojos son de color almendra pero varían

la tonalidad de acuerdo a la ropa que tenga puesta; la remera fucsia, que hoy viste, se los aclara. El ceño que los enmarca está fruncido, pero Mercedes no está enojada. A ella le hubiera gustado ser kinesióloga pero en Quitilipi no había otra opción que estudiar magisterio. Mercedes no es la única entre los trece hermanos que, de haber podido, hubiera estudiado otra cosa. Sepriana hubiese sido asistente social; Marta, actriz; Francisca, médica; Vicenta, locutora y periodista; Heriberto, abogado, y Mauricio, profesor de inglés o psicólogo. —Primero mi papá se puso como meta que todos termináramos la primaria –recuerda Sepriana–, después se abrió el secundario, entonces debíamos terminar ese trayecto. Y un día me dijo: “Hija, se abrió el instituto, todavía no se termina el estudio, tenés que terminar esa carrera”. Quien había querido ser maestra es Victoria, la madre de los trece, pero su padre, cuando terminó la primaria no la dejó seguir con sus estudios. —Mi maestra fue a casa y le pidió por favor si podía llevarme con ella para que siguiera la secundaria porque era muy buena alumna, pero no lo consiguió –recuerda esta mujer que cumple ochenta, de cabellos canos, frente muy ancha, tez oscura y manos surcadas de trabajo.

El único de los trece que intentó estudiar abogacía es Aureliano, el primer hijo. Cuando se recibió en la secundaria, comenzó a estudiar esa carrera como alumno libre en la Universidad que está en Corrientes mientras militaba en el Movimiento Rural Católico del Tercer Mundo. Llegó a dar siete materias, pero el 14 de abril de 1974 le tendieron una emboscada y cayó preso. Estuvo en cárceles de Resistencia, La Plata y Rawson hasta 1981, año en que lo dejaron en libertad. Cuando salió, intentó estudiar el magisterio en Quitilipi, pero los directivos le negaron el ingreso porque había sido un preso político.

—Soy alfabetizador. Enseño todo lo que sé. Lo fui en la cárcel y en una escuela de adultos en Florencio Varela hasta que estalló la Guerra de Malvinas y volví para Chaco –dice.

Aureliano es el hermano mayor y el más bajo de todos, lleva bigotes canos tupidos. Su habla y su discurso están atravesados por un nervio diferente al resto: costumbres culturales que lo diferencian de sus hermanos. De hecho algunos miran con recelo su actividad política; los años que estuvo en prisión dejaron huellas indelebiles: a su madre la trataban como si tuviera lepra, los tres hermanos menores nacieron cuando estaba preso y hay siete años de construcción de memoria familiar marcadas por las visitas a la prisión.

—Mi papá cerró la familia como un abanico de protección para que no se llevaran a otro hijo –dice Heriberto.

Para Aureliano, la docencia es un sacerdocio. Antes –dice– los maestros eran militantes: si un alumno faltaba, iban a la casa para ver qué le pasaba. Señala con desdén a aquellos docentes que buscan ir al Impenetrable para obtener una categoría que les dé una mejor jubilación y luego borrarse del sistema. Su mandato es abrir ojos, enseñar a pensar. —Mi visión es opuesta a la de todos, Valeriano es el único, creo, que trabaja para transformar la sociedad –dice.

Si la docencia es o no un sacerdocio es uno de los temas que agitan las aguas dentro de este grupo de docentes. Aunque Aureliano diga que los hermanos tienen miradas contrapuestas, la práctica que han ejercido los acerca mucho en su visión del mundo. Evarista, por ejemplo, organizó ella sola por su cuenta un censo en un barrio donde no había escuela y le comunicó al intendente que los números indicaban que ahí había una cantidad de chicos que necesitaban escolarizarse. Como sabía que el predio que habían donado para la capilla incluía un espacio para un colegio, mandó a construir un rancho, le puso un par de pupitres, se anotó en el plan para la erradicación de las escuelas-rancho, hizo locros, pollos y rifas para recaudar fondos y desde entonces funciona la EEP 473. Ahí se jubiló. Todas las hermanas cargan historias similares. Sepriana trabajó veintiún años en una escuela en el paraje La Matanza que recuerda la masacre del 19 de julio de 1924, cuando asesinaron a doscientos pobladores originarios que reclamaban mejores salarios. Ahí –dice– aprendió a hacer gestión y transformó un rancho en una escuela con dos salones, una casita para que los alumnos pudieran dormir cuando el clima →

→ no les permitía volver a sus hogares, y un anexo de jardín de infantes.

—Vivo soñando que estoy en la escuela, que tengo problemas con la bandera, que no firmé el libro, que tengo que cubrir necesidades de los chicos —dice Sepriana.

Hace más de veinte años que está jubilada. Aun así, las hermanas coinciden al unísono en que esos modos de trabajar liberan al Estado de sus responsabilidades.

—Soy muy feliz con lo que hice —dice Francisca, la séptima, la que era demasiado chica para estar con los grandes y demasiado grande para estar con los chicos, la favorita de Valeriano, la que estudió por correspondencia Enfermería y no pudo recoger su título porque el trámite salía doscientos pesos y no tenían con qué pagarlo, la que está jubilada desde hace seis meses y todavía se siente un poco perdida en su casa.

—Cuando se te pasa la vida, cuando el cuerpo se te fue y no te da más y te quedan los recuerdos, te hacés algunas preguntas. Yo tenía tres cargos en la zona rural, iba con mi bicicleta de aquí para allá y a veces pienso: tal vez yo formé parte para que el Gobierno pida más y dé menos —agrega—.

Mientras, acerca una foto de la escuela rural donde trabajó: hay una construcción de barro pintada de rosa viejo, un techo de chapa con palos y cascotes para que no se vuele y tres hombres de espalda. Uno, dice, es su ex marido. Al fondo se ve el monte. La escena transmite calor.

Un poco más allá, cerca del fogón, Secundino, el número once y maestro de quinto grado en la EEP 950 en Los Frentones, un pueblito cerca del límite con Santiago del Estero, dice:

—La función docente hoy es muy amplia, tenemos que ser psicólogos, enfermeros, policías, abogados, jueces, padres, sacerdotes, porque cada alumno tiene un problema distinto, una historia nueva, un conflicto diferente. Hoy un compañero hizo de electricista, el otro día, de carpintero. Eso lo debería hacer el portero. Pero se murió hace dos años y con él se murió el cargo. El sistema está mal. El docente se tendría que hacer cargo solo del proceso de enseñanza-aprendizaje pero la realidad no es así.

Se podría decir que Secundino es el cocinero del grupo, interviene en la charla, sin descuidar un guiso de cabrito en el disco de arado. Como no le gusta su nombre, le dicen Beto. La madre comenta que todos —menos el más chico— llevan el nombre que indicaba el almanaque el día que nacían.

—Le rogué a mi marido elegir el del último pero como yo estaba internada él fue a inscribirlo y le puso dos: Ramón Mauricio.

—Papá era muy machista —dice Heriberto. Y Beto retoma:

—Con los años aprendí a trabajar sólo las horas necesarias. Para mí no es un sacerdocio, es un trabajo. Tal vez suene egoísta: mi mundo es mi familia. Al director de un banco no le pedís que haga de plomero. —Esas ideas del sacerdocio liberan al Estado de sus obligaciones. Acá en Quitilipi, los actos públicos siempre los organizan las escuelas. ¿Por qué si hay otros funcionarios que también son parte de la sociedad no lo organiza la Policía, la Oficina de Correos o el Banco de Chaco? —opina Andrea (40), maestra de primer grado en la EEP 973 de La Tigra. Ella es la hija de Nazario, el cuarto hijo, que murió hace tres meses. En esos días la tristeza los inundó tanto que la fiesta estuvo a punto de suspenderse. Pero algunos hermanos consideraban que los ochenta eran motivo para un festejo, hicieron una votación y ganó el sí.

Nazario era el sindicalista de la familia. Su hija, Andrea, iba a las marchas con él. De hecho están en la foto de la tapa del libro *No me peguen. Soy docente* del perio-



Paul Klee, *Genios (figuras de un ballet)*, 1922 (Gentileza Museo Nacional de Bellas Artes)

disto chaqueño Marcos Damián González, donde narra los testimonios de la represión que sufrió un grupo de docentes que reclamaba mejoras salariales y en sus condiciones de trabajo, el 22 de marzo de 2013 en el paraje Gauyibí.

—Mi papá era un buscador, un peleador, a él le gustaban los extremos en la profesión, siempre trabajó en los límites de Chaco; él también era maestro de primer grado.

Como también lo es José Luis (38), su hermano, otro de los cinco hijos de Nazario.

—El Estado está muchas veces ausente o llega tarde —opina José Luis—. Nosotros brindamos mucho más que lo académico: les damos afecto a los chicos, les lavamos la cara, les cortamos las uñas. En cambio, nos demanda mucho más de lo que podemos dar. Por ejemplo, yo tengo que hacer capacitaciones virtuales. En mi escuela, la EEP 597, tengo computadoras pero no hay Internet, entonces debo hacer los cursos cuando llego a casa.

—La docencia te tiene que nacer de adentro —agrega Andrea—. No es fácil ser docente, no todos pueden serlo, lo vi en promociones de mis compañeros cuando estudiaban porque no tenían otra opción pero después se nota cuando no hay vocación. Además, hay que estar preparado para llevar la carga: si hay un problema en la sociedad, es porque los maestros no enseñan; si hay delincuencia juvenil, es por falta de educación; si hay embarazos precoces, también es por falta de educación. El Estado nunca se responsabiliza.

El único hermano que es profesor de secundaria y no maestro o director de pri-

maria como el resto es Mauricio, el menor. Pudo seguir el Profesorado de Matemática porque su hermana, Gerónima, o Flaca según su apodo, lo hospedó en su casa: vive en Sáenz Peña, la segunda ciudad más grande de Chaco, que está a veinte kilómetros de Quitilipi. Las anécdotas de colaboración entre todos abundan.

—Nosotros nos criamos en un ambiente donde había que ser docente o docente. A mí me asustaba porque yo no tengo mucha paciencia con chicos que no son de mi familia —dice Mauricio—. Estoy en contra de la idea de que la docencia es un sacerdocio. Para mí es un trabajo, puede que suene frío, pero no puedo ocuparme de otra cosa. Y hago paro porque no estamos reconocidos y no cobramos bien.

Los paros también son otro tema ríspido en las conversaciones familiares. Pero los tres asuntos de los que evitan hablar son otros: política, fútbol (tres son de Boca, dos de San Lorenzo y el resto de River) y religión. Ese es otro mandato que mantienen del padre: no los dejaba pelearse.

—Si levantábamos el gallinero, ¿quién lo iba a bajar? —se pregunta Francisca.

La vieja guardia dice estar en contra de los paros porque no se puede dejar a los alumnos sin comer —en las ruralidades donde ellas trabajaban a veces era el único plato del día— y los más jóvenes les retrucan que de todos modos aceptan los beneficios que consiguen por medio de esas luchas.

—Mis hermanas bajaban la cabeza y hacían lo que el Gobierno les decía —apunta Mercedes mientras llena un vaso con tereré.

Valeriano escucha atento a todos; él fue quien convocó a todo el grupo. Fue casa por

casa para ver si querían participar en este encuentro. De repente, ve que el fuego necesita unas ramitas para que no se apague. Va, salta con los brazos estirados hacia una rama seca y ¡cra! consigue lo que busca. En ese lugar, años atrás estaba el algarrobo que los acobijaba del sol y del viento norte que levanta una polvareda imposible pero hoy sopla con baja intensidad. Valeriano recuerda cuando Marta los sentaba bajo el árbol a él junto a sus hermanos más chicos y, a pesar de que ya era docente, jugaba a la maestra e interpretaba distintos personajes. Un día, como no tenían televisión y su vecino Pinino, sí, Valeriano estaba junto a Heriberto mirando un programa de Antonio Gasalla y todavía hoy recuerda la conmoción cuando descubrieron que el personaje de la maestra era igual al que caracterizaba su hermana.

—Ella no se cansaba de la docencia, me apuntaló, me ayudó mucho al principio desde su vocación y desde su responsabilidad —dice Heriberto, que comenzó a trabajar en 1993: una etapa muy difícil donde, sostiene, había más asistencia que docencia porque el Estado no se ocupaba de ciertas cosas pero en los últimos años eso cambió.

Heriberto cuenta que ahora los conflictos son más complejos pero que tienen otras herramientas que antes no existían. Por ejemplo, si hay abusos o sospechan de eso, lo denuncian, hacen seguimiento: tienen protocolos para seguir. —Siempre y cuando el maestro sea observador, aclara.

También asegura que más allá de las cuestiones políticas, las gestiones de Daniel Filmus, Juan Carlos Tedesco y Alberto Sileoni les dieron un espacio y una participación a los docentes que nunca antes habían tenido.

—Había maestros que no podían creer que sus ideas estuvieran plasmadas en un diseño curricular. Los hicieron sentir importantes.

Hoy —dice— nota cambios no solo desde lo presupuestario, como el recorte de recursos, sino que hay un vacío en el camino a seguir.

La tarde ya termina y dentro de un par de horas la reunión seguirá en el salón de fiestas. Vicenta, la sexta hermana, la que quiso ser locutora o periodista —por cierto, tiene una voz potente, envolvente, y una risa contagiosa—, oficiará de maestra de ceremonias igual que lo hacía en los actos de la escuela; ahora prepara el texto de bienvenida que leerá para recibir a su mamá. Vicenta está esperando que le salga su jubilación —la presentó hace dos años— y no puede estar ya en el grado por razones de salud. Hace unos años, cuando iniciaron la integración de alumnos con necesidades especiales, sufrió una crisis nerviosa cuando una nena atravesó una puerta de vidrio.

—No estaba capacitada para resolver esa situación; el accionar de un maestro puede llegar a lugares que lejos están de ser pedagógicos. La chica se cortó toda, tuve que dejar el grado solo (no había auxiliares); me sentí muy desamparada.

Son casi las diez de la noche y Evarista da los últimos retoques en el salón. Sobre las mesas vestidas agregó arreglos florales decorados con una faja en arpilleras y el número ochenta en fieltro. También agregó una mesa dulce con *petit fours*, cocinados por ella misma, que entonan con la ambientación. Cada familia ocupa una mesa. Alguien avisa que la mamá ya llegó. Todos se levantan y aplauden. Nelson, el fotógrafo, que también es docente, registra la imagen de este recuerdo. ■

CECILIA VELEDA, DIRECTORA EJECUTIVA
DEL INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN DOCENTE

Una profesión con más desafíos

por Diego Herrera*

Cecilia Veleda, directora ejecutiva del Instituto Nacional de Formación Docente (INFD), es doctora en Sociología y tiene una amplia trayectoria en la investigación sobre políticas educativas. Se desempeñó como docente en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad Di Tella, y recuerda: “Cuando estudiaba Psicología en la UBA, daba clases de Inglés en escuelas primarias”. Su paso por la docencia le permitió vivir en carne propia distintos dilemas o cuestiones que ahora aborda desde la perspectiva de la política pública. Sin embargo, Veleda no considera que sea necesario haber sido docente para pensar las políticas educativas.

¿Cuál es la función del docente? ¿Qué cambió con respecto a otros tiempos?

El docente hoy tiene muchos más desafíos que en el pasado. En el modelo fundacional del sistema educativo, la función del docente tenía que ver con construir una identidad nacional y transmitir ciertos conocimientos fundamentales para la inserción en el mercado laboral, la alfabetización y el dominio básico en áreas como Lengua y Matemática. Hoy el currículum se complejizó y, a partir de la explosión de las nuevas tecnologías y de la transformación de las relaciones intergeneracionales, la infancia cambió. La autoridad adulta ya no es lo que era y los chicos tienen una autonomía mayor mucho más temprano. Eso le plantea desafíos inéditos al docente. Se ha transformado en una profesión mucho más compleja, más desafiante que en el pasado.

¿Existe la vocación docente?

Creo que sí. Si bien es un concepto controvertido, hay investigaciones que indican que existe una inclinación o cierto compromiso con la profesión docente. De hecho, el año pasado lanzamos las Becas Compromiso Docente para estudiantes de Formación Docente. En el proceso de selección para el otorgamiento de estas becas implementamos entrevistas con las que intentamos identificar qué es lo que inclina a los jóvenes a optar por la profesión. Se presentaron más de 12.000 estudiantes para unas 3.000 becas. Fue muy conmovedor constatar cómo muchos jóvenes se inclinan a la docencia por un interés específico y tienen una valoración muy positiva respecto del rol docente.

Esta idea de la docencia como vocación, ¿no provoca que los docentes pasen de héroes a villanos cuando se posicionan como trabajadores y hacen un paro?

Creo que el docente es todo eso: es un trabajador y a la vez un profesional que tiene una responsabilidad social muy particular. Tiene a su cargo nada más y

nada menos que la formación de las futuras generaciones.

¿El rol docente es valorado? ¿No se le pide demasiado?

Es cierto que el rol del docente no es suficientemente valorado y que se le suele pedir demasiado. La valoración social de la docencia es un tema en Argentina, como lo es en otros países del mundo. En la medida en que el sistema educativo creció, también la profesión docente se masificó. Cuando uno mira internacionalmente, la jerarquización de la profesión tuvo que ver, en gran medida, con la formación docente. Por eso, un objetivo transversal del Plan Nacional de Formación Docente, que elaboramos desde el INFD y que fue aprobado por el Consejo Federal en agosto de 2016, plantea como uno de sus objetivos transversales prestigiar la profesión a través de la mejora de la calidad de la formación. Es uno de los componentes del prestigio de la profesión. Obviamente no el único, pero un componente muy importante.

¿Qué debería cambiar para que el docente haga una mejor tarea?

Es muy difícil prestigiar la profesión sin una carrera docente que resulte estimulante. En cualquier profesión las condiciones de carrera, es decir, qué oportunidades de superación existen, son otro componente muy importante. Por supuesto que lo salarial también es muy importante, pero siempre se lo pone en primer plano y hay investigación internacional que muestra que no es el único componente. Hay países que ofrecen un salario inicial competitivo en comparación con otras profesiones, sin que haya un gran aumento salarial a lo largo de la trayectoria profesional. Estos países ponen más bien el eje en la formación y en la selectividad de la carrera, es decir, en cuáles son los filtros que uno tiene que pasar para poder ejercer la docencia.

¿Cuáles son los objetivos que el INFD se trazó para el futuro próximo?

Hay mucho por hacer. Un objetivo muy claro tiene que ver con mejorar la calidad de la formación, tanto inicial como continua. En la formación inicial es fundamental, en términos generales, tender a cierta renovación de las prácticas de formación en los institutos. Estas prácticas todavía están muy ancladas en la clase expositiva y en el examen escrito. Hay que tender hacia una formación mucho más centrada en la práctica, que parta de los desafíos concretos que encuentran los docentes hoy en el aula, y que la teoría venga a ayudar a resolver esos desafíos o a reflexionar sobre ellos. También urge lograr una mayor incorporación de las nuevas tecnologías en la formación. ■

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Integrante del equipo editorial de UNIFE.

GRACIELA MISIRLIS, SECRETARIA ACADÉMICA DE UNIFE

“Maestro se hace”

La secretaria académica de la Universidad Pedagógica Nacional (UNIFE), Graciela Misirlis, afirma: “Maestro no se nace; maestro se hace”. Su opinión está sostenida en un largo recorrido por varias regiones del sistema educativo bonaerense. “Mi primera actuación docente fue como maestra de sexto y séptimo grados –cuenta–. Luego fui profesora de Lengua en la Educación General Básica durante la década de 1990 y esa experiencia me abrió una perspectiva sobre la educación secundaria.” Misirlis también fue directora en la Escuela Primaria Romero Brest de Ingeniero Budge y desarrolló la docencia en institutos de formación docente y en el nivel universitario. Además, fue asesora docente en el Ministerio de Educación, a cargo de la capacitación de directores y supervisores, entre 2001 y 2005.

Parece un lugar común que la función del docente ya no es la misma que hace unas décadas. Misirlis enfoca el asunto desde otra óptica: “Hay ciertas demandas a la función que cambian a lo largo del tiempo, como cambian los saberes y ciertos aspectos sociales. El cambio, más bien, es inherente a la educación, y el docente tiene que poder comprender ese cambio en el contexto en el cual enseña”. Esto, según la entrevistada, provoca que se transformen las expectativas que recaen sobre el docente y, por eso, a veces éste debe asumir roles que no le competen: “Yo prefiero la imagen de un docente que enseña, que logra que se desarrolle el aprendizaje en sus alumnos; y no tanto la del docente contenedor. Si hay algo de la función que no cambia, es que el docente tiene que ser visto como un enseñante”.

Misirlis subraya que a la escuela se le demanda que resuelva muchas cuestiones que no están resueltas en la sociedad y que esos conflictos permeen las paredes de la institución: “La escuela no es un búnker que se cierra. La posibilidad de transformar las relaciones vinculares y de generar lazos no violentos y de respeto mutuo trasciende al aula y se hace difícil alcanzar ese objetivo desde un único espacio”. Otra cuestión que se le demanda a la escuela, afirma, es la promoción del desarrollo social: “Aunque sea una herramienta muy poderosa para el desarrollo de una nación, el sistema educativo solo no puede. Estaríamos construyendo un argumento falaz que no mira la política económica”.

La secretaria académica de la UNIFE piensa que la tarea educativa está conformada por dos dimensiones muy imbricadas: la epistémica y la ética. Si en la dimensión epistémica se encuentran los saberes implicados en la enseñanza de los conocimientos escolares, en la ética aparecen las representaciones que el docente tiene de sus alumnos y de su tarea. En este sentido, Misirlis no cree que pueda hablarse de buenos o malos maestros, sino “de docentes

que entienden que la educación es un derecho del conjunto de los alumnos y de aquellos que tienen más dificultades para comprenderlo”. Y desarrolla: “La escuela es el lugar en el que el Estado deposita la función formal de transmisión de la cultura, y eso es algo que está presente desde los orígenes. La educación es un derecho de toda la comunidad y, de acuerdo con los niveles de comprensión que encontremos de esto, va a existir una variación en las actuaciones docentes. Si uno piensa que todos tienen que estar en la escuela, no importa cuáles son las características de los alumnos, van a buscarse saberes que permitan el aprendizaje”.

Según Misirlis, el planteo de la existencia de una vocación presentaría algunos problemas: “El enseñar

“Prefiero la imagen de un docente que enseña y no tanto la del docente contenedor”.

nos pone en relación con otros. Esto es lo relevante, porque en la relación hay una intencionalidad educativa y también pasión. No es posible simplificarla desde un enfoque de la vocación o de la profesión. Ser docente lleva implícito el compromiso social y político con los alumnos y también el saber propio de la enseñanza”.

En ese sentido, afirma, UNIFE se postula como una institución que busca “formar bien, generando una organización académica que permita que docentes y alumnos se comprometan con el conocimiento que se está construyendo”. Para eso, sería necesario producir conocimiento didáctico y revisar el trabajo de construcción del saber acerca de la enseñanza en las aulas universitarias. A esto se suma la necesidad de pensar en la formación continua en la universidad, ya que el docente recibido nunca deja de ser destinatario de la educación. Un docente es, a la vez, un eterno estudiante: “En los últimos 25 años –reflexiona Misirlis–, se fueron asumiendo formas de capacitación que intermitentemente permitieron dar cuenta de un Estado que se hacía cargo de la formación continua de los docentes. Nunca fue algo universal ni lo suficientemente reglamentado como para poder pensar que la formación continua es una política de Estado, pero hay unas bases para pensar que esto podría ser así”. ■

D.H.

SONIA ALESSO, GREMIALISTA

Trabajar con pasión

“Vengo de una familia de docentes: mi mamá es docente, mis tías son todas docentes, mi hermana es docente”, subraya Sonia Alesso, secretaria general de la Asociación del Magisterio de Santa Fe (AMSAFÉ) y de la Confederación de Trabajadores de la Educación (CTERA). En 1981, la sindicalista comenzó a trabajar como preceptora en una escuela secundaria de Rosario y luego fue docente en el nivel primario.

¿Existe la vocación docente?

No sé si la palabra es vocación, pero creo que es un trabajo que uno tiene que amar para poder hacerlo. Hay una gran cuota de pasión por la tarea que desempeñamos. Es un trabajo intelectual de muchísima importancia social, pero es un trabajo. Nosotros somos trabajadores de la educación. La pasión por la tarea no tiene nada que ver con el falso debate entre docentes apóstoles o docentes trabajadores.

La idea de la docencia como sacerdocio, ¿se utiliza para liberar al Estado de su responsabilidad frente a la educación?

No hay un debate acerca de si los abogados o los médicos tienen vocación, pero sí lo hay sobre el Magisterio. La docencia, como todas las profesiones mayoritariamente femeninas, es mal remunerada y está mal jerarquizada. La excusa de la vocación ha servido a las derechas durante muchos años para pagarles mal a los docentes.

¿Qué lugar tiene la formación en la construcción de la profesión docente?

Hoy hay un gran retroceso respecto de la formación. Los cinco gremios nacionales firmamos un convenio para que haya formación docente gratuita, federal y en servicio a cargo del Esta-

do Nacional. Hoy esos fondos no se están girando. En ese marco, cabe destacar que, mediante el Plan Maestro que acaba de presentar el Gobierno, el Estado pretende desplazar la formación docente y que la educación no sea más un derecho social sino una mercancía.

El rol docente, ¿tiene reconocimiento social?

En los países con fuerte inversión educativa, el Estado y la sociedad le dan un lugar importante a la tarea de enseñar. Donde hay mayor inversión educativa también hay mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. Hay edificios escolares dignos y la jornada laboral contempla el tiempo para estar frente al aula y también para investigar y atender a los alumnos y a los papás. En cambio, un Estado que ataca a la educación y a los maestros, que tiene un presidente que dice que hay chicos que “cayeron” en la escuela pública, que condena la lucha docente por mejorar la educación, está dando una señal muy fuerte para desjerarquizar a los maestros y a la educación. En realidad no se persigue a los sindicalistas: se termina persiguiendo a la educación pública.

En las negociaciones paritarias hay funcionarios que plantean que se le da demasiado peso al debate salarial.

Hay que decirles a esos mismos funcionarios que en el año 2016 firmaron una paritaria con nueve puntos y no cumplieron ninguno. Solo uno de los puntos era el salarial. Los otros ocho tenían que ver con condiciones de trabajo, formación docente y calidad educativa. O sea, el que está en mora es el Estado.

¿Que debería cambiar para que los docentes pudieran hacer una mejor tarea?

Depende del financiamiento educativo y del cumplimiento de las leyes. Hay muy buenas leyes educativas en Argentina: se tienen que cumplir la Ley Nacional de Educación, la Ley de Paritaria Nacional Docente y la Ley de Financiamiento Educativo. Este Gobierno subejecutó los presupuestos educativos, disolvió el Programa Nacional de Orquestas y Coros Infantiles y Juveniles para el Bicentenario y el Programa Conectar Igualdad, no mandó un libro más a las escuelas, no invirtió en educación técnica ni en formación docente. Todo esto supone destruir un programa de largo plazo. ■

D.H.

LAURA MAGLIONE, ESTUDIANTE DE PROFESORADO

“Percibo un menosprecio a nuestra labor”

A los 40 años, Laura Maglione ingresó al Profesorado de nivel primario de la Escuela Normal Superior N° 4 de Caballito. Hoy está terminando el tercer año de la carrera y piensa reestructurar su vida cuando pueda empezar a ejercer la profesión: “Trabajo en una empresa familiar desde que tengo uso de razón. Sé que voy a ganar tres veces menos, pero hay un montón de cosas que yo siento que tengo para dar, decir y hacer; cosas en las que creo y quiero defender más allá del discurso. Para eso tengo que estar en el aula”.

Mucho antes de empezar el Profesorado, Maglione había completado sus estudios en el Conservatorio de Música y había cursado un año y medio de la Licenciatura en Ciencias de la Educación. Sin embargo, nunca trabajó como profesora de Música y nunca quiso hacerlo. “Cuando mis hijos empezaron la primaria –reflexiona–, volví a la escuela con ellos. Me empezaron a pasar otras cosas: me comprometí mucho con la cooperadora y con una agrupación que se llama Familias por la Escuela Pública.” Así llegó a interesarse por el rol de docente de grado.

“Vi un escenario complejo en la escuela: faltaban docentes y me encontré hablando de cosas que desconocía. Pensaba que había muchas cosas para cambiar y, más que hablar desde afuera, era mejor estar adentro”, recuerda Maglione. Para ella, uno de los desafíos para el maestro de hoy en día pasa por trabajar con la diversidad real, y no solo por contenerla. “La escuela antes era otra –opina–. No creo que en otros tiempos no existieran problemáticas similares, pero había muchos chicos que directamente no entraban al mundo escolar. Entré al Profesorado buscando algunas respuestas: ¿cómo hacer que la escuela no sea un lugar de homogeneización?, ¿cómo respetar las diversas cronologías de aprendizaje?”.

La futura docente es consciente de que enfrentarse sola a un grado de 30 niños no es una tarea sencilla.

“A primera vista, diría que, si de verdad queremos atender a la diversidad, es necesario que haya más de un docente en el aula”, sostiene Maglione. Y agrega: “También necesitamos un equipo de conducción que contenga a esos docentes y otros equipos interdisciplinarios que permitan atender problemáticas para las que no estamos formados”. La complejidad de la tarea educativa, sin embargo, no recibiría el reconocimiento social que merece: “En general, percibo un menosprecio a nuestra labor en el discurso cotidiano de las personas. Como todos fuimos a la escuela (o tenemos hijos que van), nos sentimos con derecho a decir un montón de cosas, pero se desconoce lo que implica estar al frente del aula”.

Maglione considera que la vocación es una inclinación hacia algo. “No sé si mi vocación es enseñar –dice–. Me gusta enseñar, pero mi inclinación tuvo más que ver con elegir una actividad que les deje algo a los demás. La vocación me suena como algo más artístico o religioso.” Desde su perspectiva, la concepción vocacional de la docencia aparece ligada a una abnegación muchas veces desproporcionada: “Parece que, si sos docente, tenés que dejar la vida en eso”.

“Creo que en el inconsciente colectivo está instalada la idea de que es una pavada estudiar para ser maestra”, sostiene. La realidad, no obstante, parece ser bien distinta: “La carrera es intensa y está planteada para desarrollarse en cuatro años, pero la gente suele demorar seis o siete años en recibirse”. Aunque no se lo llame vocación, Maglione concluye: “Si te pagan mal, si no te reconocen socialmente y si la carrera no es un paseito, algo te tiene que pasar para ser docente”. ■

D.H.

UNIFE Editorial Universitaria se propone construir un catálogo sustancioso para la formación integral de docentes, investigadores y lectores interesados en problemáticas actuales e históricas del campo educativo en particular y de las ciencias y las humanidades en general.

unipe Universidad Pedagógica Nacional

u: unipe editorial universitaria

www.editorial.unipe.edu.ar

Staff

UNIFE: Universidad Pedagógica

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D' Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera